

Manteniendo un grado *soportable* de desigualdad en las fortunas

(Antonelle contra Babeuf, y ambos contra el progresismo liberal contemporáneo)

*“Donde hay hombres que sufren, hay opresores;
y hay, por tanto, enemigos de la humanidad”
Fouché de Nantes, terrorista y hombre de Estado (1794)*

I)

Si la historia de Occidente se hubiera detenido en el tramo final de la Revolución Francesa, casi nada nos hubiéramos perdido en términos de praxis e ideología política. Como el mayor laboratorio sociológico y politológico de la Modernidad, la Francia de fines del XVIII da cuenta, en lo concerniente a los discursos y las prácticas del poder y contra el poder, de casi todas las opciones, de casi todas las oposiciones, de casi todas las reconciliaciones. Se le escapó, sin duda, el demofascismo de nuestros días y el “pensamiento cero” que lo recubre. Pero poco más...

En el último lustro del siglo, un cruce de cartas entre Babeuf y Antonelle, del que nos ha quedado como un eco en *El Tribuno del Pueblo* (1), manifiesta de un modo muy bello la ruptura primera en las filas de la contestación menos sobornable: *la fractura entre el utopismo revolucionario (Babeuf) y el reformismo radical (Antonelle)*. Habían sido compañeros, combatiendo en el mismo bando, el bando de los “patriotas”, como decían de sí mismos, de los “amigos del pueblo”, de los revolucionarios...

En ningún momento Babeuf respaldó al poder establecido, que se decantaba en sentido “burgués”, frenando y reprimiendo las aspiraciones populares. Al contrario... Desde *El Tribuno del Pueblo* denunció sin cesar, con una lucidez desacostumbrada (puro “olfato”, puro “instinto”) el *giro conservador* del proceso revolucionario, su definición meramente *burguesa*, la forma de despotismo político que instauraba (germen del “representativismo” liberal, de la democracia de partidos; y cancelación de la democracia directa, popular, de índole asamblearia) (2) . Y señaló también el error de cuantos empezaban a aceptar las novísimas reglas del juego demo-liberales, pensando en hacerlas servir para un proyecto revolucionario, trampa en la que han caído (y están cayendo hoy) muchas organizaciones políticas nominalmente “anti-capitalistas” (3) ...

El horizonte socio-político de Babeuf (que los historiadores tildaron de “utópico”, pero que él estimaba perfectamente alcanzable) se resume en lo que nombró “*el estado de comunidad*”, un orden plegado sobre la absoluta igualdad económica (que exigía el fin de la propiedad privada, con todos sus acólitos, la herencia entre ellos) y sobre la más depurada “democracia directa” (preeminencia de la Asamblea, de la Reunión de Ciudadanos). Lo primero era condición de lo segundo, y Babeuf lo señala sin descanso (4) . Era su meta: *la igualdad en las fortunas*...

Antonelle, alcalde de Arles, y también “hombre de la Revolución”, se distancia de su amigo, poco a poco, en ese punto. Doscientos años más tarde, casi podemos *comprender* el “realismo” de Antonelle, hecho de desencanto, de desengaño, casi de desesperación: “Es demasiado tarde; el principio de la propiedad privada se ha *encarnado* en el individuo empírico, concreto, existente, y ya en modo alguno se desea su erradicación -nadie anhela desposeerse o renunciar a la expectativa de posesión”. *Aceptado* el hombre “real”, de carne y hueso, el individuo “tangible” que asoma todos los días por las calles, solo cabe aspirar, como

máximo, al mantenimiento de “*un grado soportable de desigualdad en las fortunas*” -concluye el revolucionario desilusionado (5) .

Antonelle apela a la desnudez de *lo dado*, a la verdad indecorosa, a los hechos crudos; y Babeuf prefiere mirar a otra parte -o, mejor, prefiere no mirar. Raya en la crueldad, el veredicto de Antonelle, capaz de herir todavía a las mejores inteligencias y a las más finas sensibilidades del microcosmos disidente: “*Aceptando* a los hombres tal y como son, tal y como se nos muestran en nuestros días, viéndolos *y no soñándolos*, no nos queda más meta radical que la de mantener un grado soportable de desigualdad en las fortunas”...

II)

Cabía, desde luego, “no aceptar” a los hombres; *soñarlos* “enfermos”, “dañados”, “dormidos”, pero aún así “sanables”, “reparables”, susceptibles de “despertar” y de encaminar hacia los paraísos de la Igualdad Extrema y del Estado de Comunidad. Babeuf, en algunos artículos, casi avanza por esta vía, con lo que inauguraría otra patraña, prefigurando un mito fundamental de la Modernidad: el mito de la Falsa Conciencia, de la Alienación (6) .

Quiere ese mito que los hombres no son, en esencia, lo que vemos de ellos; que, cuando los miramos, no percibimos su “ser propio”, sino un *elaborado*, una *formación* (mejor: una *deformación*), un compuesto de engaño y de auto-engaño, de ilusión administrada, de manipulación... En lugar de “aceptar” la *apariencia* de los hombres, habría que *educarlos* para que lograran al fin ser *ellos mismos*, para devolverlos a su identidad soterrada, negada, perseguida. Correspondería a una Minoría Esclarecida, “ilustrada”, llevar a cabo la tarea crítica, des-alienadora, concienciadora *de sí*... Surgiría entonces un Hombre Nuevo, más verdadero que el coetáneo, identificable con *el hombre como tal* en la medida en que se le arrancan las máscaras de la Falsa Conciencia y se le borran los estigmas de la Alienación... Una parte de la tradición marxista desarrolló este mito *hasta extremos de holocausto*.

El estalinismo se construye, en buena medida, sobre ese discurso de la no aceptación del hombre empírico y de la necesidad de su re-elaboración, su des-alienación. Pudo así “decretar”, por ejemplo, sin temblor de manos, la colectivización generalizada de la tierra (el “apego a la posesión” constituía un signo de la Conciencia Mistificada), impulsando, a hierro y sangre, el programa de la abolición de la propiedad privada. Sorteando la censura soviética, Medvedkin denunció este extremo en 1934, en su película *La felicidad*, obra no suficientemente recordada. Denigrando acaso los métodos, Babeuf hubiera aplaudido el resultado...

Y, cada vez que este magnífico “conspirador”, guillotinado por *importunar* (7) , se presenta a sí mismo como el Guía del Pueblo, el “instructor” de las masas, el “patriota” que contará a los oprimidos toda la verdad, explicándoles cómo deben luchar para conquistar lo que anhelan desde el fondo de sus corazones; cada vez que Babeuf se ama tanto a sí mismo, y se embriaga de sí mismo, vemos dibujarse, como reflejan las páginas de *El Tribuno*..., el fantasma del Mesianismo, de un Elitismo por “ilustración” *superado desde la izquierda*, el espectro del posterior “culto a la personalidad” estalinista:

“El deber de este Tribuno es decir siempre a todo el pueblo *en dónde está, lo que está hecho, lo que queda por hacer, dónde hay que ir y cómo, y por qué*” (en “*¿Qué hacer?*”, número 36 de *El Tribuno del Pueblo*).

“Solemnemente me he comprometido con el pueblo a *mostrarle el camino de la felicidad común, a guiarle hasta el fin, a pesar de todos los esfuerzos del patriciado y del monarquismo...; a hacerle conocer el porqué de la revolución...; a probarle que ésta puede y*

debe tener por último resultado el bienestar y la felicidad, la satisfacción de las necesidades de todos” (en “*El Manifiesto de los Plebeyos*”, número 25 de *El Tribuno...*).

“¡Patriotas!(...). Os haré ser valientes, *a pesar de vosotros, si es necesario. Os forzaré a luchar* contra nuestros comunes enemigos” (en “*El Manifiesto...*”).

Si Babeuf inaugura la vía del estalinismo (re-educación del pueblo a manos de las “capas ilustradas”, concienciación y movilización desde arriba, igualdad económica y estado de comunidad a cualquier precio,...), Antonelle marca el camino del reformismo liberal, una aceptación del estado de las cosas que desemboca, en nuestros días, en mitos no menos siniestros: el mito del “Capitalismo de rostro humano”, de la “moralización de la economía”, del “rescate ético de los mercados”, etc.

“*Hemos llegado un poco tarde, tanto el uno como el otro, si hemos venido al mundo con la misión de desengañar a los hombres sobre el derecho de propiedad.* Las raíces de esta institución fatal son demasiado profundas y dominan todo; son ya inextirpables en los grandes y viejos pueblos...

La eventual posibilidad de un retorno a este orden de cosas tan simple y tan bueno (el estado de comunidad) quizá no es más que un sueño...

Todo lo más que se podría esperar, sería un grado soportable de desigualdad en las fortunas...”

(Palabras de Antonelle, recogidas en “*La posibilidad del comunismo*”, número 37 de *El Tribuno...*).

La fisura era insalvable... Babeuf anticipa el utopismo revolucionario sectario lo mismo que Antonelle preconiza, en el límite, el Estado del Bienestar.

III)

Pero hay, en el pensamiento de Babeuf, una veta radicalmente anti-despótica, que sirve también para la crítica del estalinismo; como hay en Antonelle un acento de franca indignación y una intencionalidad crítica que, aproximándolo a Babeuf, lo distancia del contemporáneo cinismo demo-liberal. “*Replico a Antonelle, pero no somos de ningún modo antagonistas*”, anotó, clarividente, el editor de *El Tribuno...*, poco antes de ser ejecutado (8) .

Babeuf no admite otra fórmula política que la democracia asamblearia, no mediada, de base. Y denuncia el modo en que las burocracias, las oligarquías, los detentadores del poder tienden a desnaturalizar, infeccionar, corromper (“controlar”, a fin de cuentas) el funcionamiento de los *comités*, de las asambleas populares, de las reuniones de los ciudadanos. Adelanta ahí la crítica del estalinismo como corrupción de la democracia directa. El título que eligió para uno de sus artículos es harto elocuente: “*Gobierno revolucionario, talismán que oculta todos los abusos*” (número 25 de *El Tribuno...*).

“El hombre que ha consentido una vez beber en la copa de la autoridad sin límites, es un tirano y lo será siempre. La libertad está perdida en sus manos, puesto que él se sitúa por encima de las leyes; y en el país en el que se ha hecho una revolución para la libertad, una tal creación, no importa que se le llame *gobierno revolucionario*, es la contrarrevolución misma” (número 25).

Y Antonelle anuncia un reformismo de estructura no-cínica, “honesto” podríamos decir, un reformismo sincero, a salvo de la hipocresía, un reformismo distinto al que hoy se ejerce en beneficio de la *conservación...*

“*[Antonelle]*, me das la razón en cuanto a los fundamentos del famoso *derecho de propiedad.*

Conviene conmigo en la ilegitimidad de este derecho. Afirmas que es una de las más “deplorables creaciones” del error humano. Reconoces, también, que es de ahí de donde derivan todos nuestros vicios, nuestras pasiones, nuestros crímenes, nuestros males todos...

¡Qué confesión! ¿Lo habéis oído, *millón de ricos desalmados, banda de infames expoliadores de los veinticuatro millones de hombres útiles, cuyos brazos actúan para mantener vuestra holgazanería y vuestra barbarie?* (Babeuf, glosando a Antonelle, en “*La posibilidad del comunismo*”).

Cuando Antonelle habla del “grado soportable” de desigualdad, está diciendo más bien “grado tolerable”, grado éticamente admisible, un grado *deseablemente* bajo. Está pensando en la fórmula de Rousseau: “*Que todos tengan lo necesario y nadie en demasía*”. Sin abominar ya del hecho en sí de la desigualdad, y sin apostar por la proscripción de la propiedad privada, deja abierta, no obstante, la vía de una intervención política para moderar los contrastes, atenuar las distancias. El demofascismo liberal no habla de “grado soportable” en la acepción de Antonelle: está pensando en un grado “socialmente” sostenible, en una contabilidad del sufrimiento y de su aguante, en *la magnitud de desigualdad que cabe reproducir sin que acontezca un estallido social...* La “soportabilidad” no es ya “ética”, sino socio-estadística, objeto de *pesquisa*.

“Si todavía se puede ensanchar la brecha socio-económica *sin que ocurra nada importante*, esa brecha debe profundizarse”. Este es el axioma que se está aplicando, con el pretexto de la crisis, en muchas democracias occidentales... Está claro, valga el ejemplo, que, en España, el “grado *soportable*” de desigualdad es hoy mayor, a pesar de todo, que el “grado efectivamente *soportado*”, por lo que, calculadamente, se martilleará todavía más a los desfavorecidos. “Ya que los humildes y los pobres de España pueden sobrellevar un grado mayor de desigualdad, los haremos un poco más humildes y bastante más pobres”.

Antonelle clamaría ante esta perspectiva: su “grado soportable” es, casi, una determinación crítico-cultural, una conclusión ético-filosófica; y su deseo es, inequívocamente, el de una atención reparadora a la *fractura social*, el de un acortamiento progresivo de la distancia material entre ricos y pobres...

IV)

Contra el liberalismo del siglo XXI, Babeuf y Antonelle esgrimen, desde el ayer, “discursos de la verdad”, unívocos, sin doble fondo, sin trastienda... Cabe optar por uno o por otro, pero ese discurso “dice” lo que se piensa y no solo “piensa” lo que se dice.

En la actualidad, el progresismo liberal, de estructura netamente *cínica* (Sloterdijk), “piensa” efectivamente lo que tiene que decir -pues ha de dosificar la mentira, la media verdad, el silencio, la reiteración hipnótica,...-; pero ya no “dice” lo que piensa. Se calla lo que de hecho piensa, por razones de cálculo electoral, de “política de la realidad”, de preservación de los intereses hegemónicos, de *gestión* de la opinión pública,... “Saber lo que se hace y seguir adelante”: esta es la fórmula del cinismo contemporáneo. “*Conocer la infamia de lo que se hace, el horror que se propende, y perseverar no obstante en lo mismo*”.

Los agentes políticos que, por acercar la argumentación, hoy en España están acabando con un *engendro* conocido como “Estado del Bienestar” (¿bienestar de quién?, ¿qué bienestar?), los actores empeñados en dinamitar a conciencia ese tinglado, aún así engañoso, proclaman justamente estar tomando medidas “impopulares” para salvarlo. Saben lo que hacen (desmantelar una modalidad de gobierno de las poblaciones que ya no les sirve, aunque con ello se ahonde la grieta social), pero no lo dicen. Saben lo que hacen (fingir, engañar,

idiotizar, en beneficio de *los opulentos*), y siguen adelante.

V)

Aquel formidable laboratorio socio-político de la Modernidad que los historiadores nombraron “Revolución Francesa” anticipó ya casi todas las propuestas que habrían de desarrollarse en los siglos siguientes. En aquellos años, despuntaron las formas vigentes del utopismo revolucionario, del reformismo, del terrorismo (sectario y de Estado), del conservadurismo democrático, del populismo, del despotismo de las burocracias,... Solo una opción, la más terrible, puede presumir hoy de no estar “preconcebida” en aquellas turbulencias de fines del XVIII; solo una opción puede presentarse como “radiante novedad”: el demofascismo occidental, síntesis de docilidad en las poblaciones, disolución de la diferencia en inofensiva diversidad, expansionismo exterior, dulcificación de las posiciones subsistentes de autoridad e invisibilización de los mecanismos de poder y de las estructuras de dominación. La forma de subjetividad (única) que le corresponde es el “policía de sí mismo”. Y, al nivel de los discursos y de las prácticas políticas, el rasgo que lo distingue es el de un cinismo insuperable (9) .

Ante lo que significa hoy un Obama a escala global (o un Zapatero, en nuestro Estado), vale decir: la *personificación del demofascismo, del cinismo liberal*, Babeuf y Antonelle, a pesar de sus discrepancias, hubieran vuelto a luchar juntos. Nosotros, estando de acuerdo con uno y otro en tantas cosas, apenas lo haremos...

NOTAS

(1) *El Tribuno del Pueblo*, Ediciones Roca, México, 1975 (compilación de los más importantes escritos de Graco Babeuf, aparecidos en el periódico del mismo nombre en la década de los noventa del siglo XVIII). La polémica con Antonelle se recoge en el número 42 de *El Tribuno del Pueblo*, en el artículo titulado “*La posibilidad del comunismo*” (págs. 115-142 del libro publicado por Ediciones Roca).

(2) “¿No ven que ya no se guillotina, que no se fusila, que no se nos ahoga como en tiempo de Robespierre, y que se dice y escribe más o menos lo que se quiere? ¿De qué os quejáis? (...) Pero el pueblo no ve en la creación de este *rebaño de esclavos* más que el medio de que se sirven todos los déspotas para multiplicar las raíces y sostenes de sus dominación. El pueblo no percibe ya las formas populares, democráticas, republicanas; se ve aniquilado, se ve reducido a nada (...). *La República se sabe decepcionada, engañada, traicionada; conoce que se halla realmente bajo un gobierno aristocrático*” (“*Gobierno Revolucionario: talismán que oculta todos los abusos*”, op. cit., págs. 16-19). Este mismo análisis se retoma en “*El Manifiesto de los Plebeyos*”: “En vosotros (dirigentes) se nota el gran efecto de la moral del día, cuyas admirables máximas son: paz, concordia, calma, reposo, a pesar de que morimos casi todos de hambre; *fijado está definitivamente, tras seis años de esfuerzo para conquistar la libertad y la felicidad, que el pueblo será vencido; resuelto está que todo debe ser sacrificado a la tranquilidad de un pequeño número*; la mayoría no está aquí abajo más que para satisfacer sus pequeños placeres” (op. cit., pág. 43).

(3) En “*El Manifiesto...*”, Babeuf adelanta la crítica de las estrategias políticas “entristas”, que confían en transformar el sistema político burgués participando en las instituciones y en el juego electoral. La “actualidad” de su denuncia es sorprendente, y no solo en lo que concierne al Estado español...

“Dicen (los ultrapatriotas): Es necesaria la táctica; es necesario que los patriotas sepan ser políticos. Bien sabemos que todos los derechos del pueblo son usurpados o violados; bien sabemos que es avasallado y desgraciado. Pero no podemos salvarlo más que gradualmente. Hagamos como que damos nuestro asentimiento al gobierno usurpador (...), pero conservaremos contra él nuestra segunda intención. Trataremos de aumentar nuestro partido, ganando de nuevo a la opinión pública; y cuando seamos bastante fuertes, nos lanzaremos sobre los fautores de opresión. He aquí una mala imitación de Maquiavelo (...).

Pero los patriotas, con su sistema de silencio y de segundas intenciones, se engañan ellos mismos. Creen, como he dicho, que el gobierno no ve nada de lo que proyectan ni de lo que quieren hacer; sin embargo es él quien ve todo. Los patriotas, además, piensan que el pueblo percibe su secreto, que lo comparte y que se unirá a ellos cuando lo deseen. Pero es precisamente el pueblo, al que no se le comunica nada, al que no se le dice ya nada

contra los que dirigen; es precisamente el pueblo el único engañado con el pretendido misterio. No lo comprende (...), se vuelve completamente indiferente y ajeno a los asuntos públicos(...).

El pueblo se aísla de este puñado de patriotas activos, el cual, solo y abandonado, se convierte en la pequeña, muy pequeña, “facción de los prudentes”, objeto de burlas, porque, de tan débil que es, resulta nula e impotente. Es así como la bonita política de los patriotas se vuelve contra ellos mismos.

El gobierno (...) aplaude el sistema del silencio (...). Tenderá también a diseminar a este resto de patriotas (...). Consentirá incluso en colocarlos dentro de la administración (...), para que se transformen en hombres vinculados al gobierno y al orden establecido (...). El pueblo, ya fatigado e indiferente (...), no pensará más que en el pan.

¡Y todo ello será el resultado de nuestra famosa táctica, de nuestra política incomparable!” (en “*El Manifiesto...*”, op. cit., págs. 52-54).

(4) “Escuchad a Diderot: (...) *Discurrid tanto como os plazca -dice- sobre la mejor forma de gobierno; nada habréis hecho mientras no destruyáis los gérmenes de la codicia y de la ambición (...). En la mejor forma de gobierno es necesario que haya imposibilidad para todos los gobernados de devenir más ricos o más poderosos que cada uno de sus hermanos*” (“*El Manifiesto...*”, op. cit., pág. 74).

(5) En “*La posibilidad del comunismo*”, op. cit., pág. 121.

(6) “Que únicamente la democracia puede asegurarles su felicidad (...). *Que se le demuestre esto enseguida, y enseguida el pueblo se despertará, aunque esté profundamente adormecido, y será conquistado para él mismo y para sus verdaderos defensores*” (en “*El Manifiesto...*”, op. cit., pág. 58).

(7) El diez de mayo de 1796 la policía del Directorio detiene a 47 “patriotas”, Babeuf entre ellos, precisamente por *conspirar*, por organizar la llamada “Conjura de los Iguales”. El editor de *El Tribuno del Pueblo* será condenado a muerte...

(8) En “*La posibilidad...*”, op. cit., pág. 115.

(9) Remitimos a nuestro ensayo *El enigma de la docilidad*, reeditado por Virus en el otoño de 2009.

(14 de abril de 2011)